ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

La Señora de Rodríguez

Mujeres — 2

JUGUETE CÓMICO

Hombres — 4

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1893

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 12 de Diciembre de 1893



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMELIA........................	Sra. Pino.
RAMÓN.........	Sr. Rossell.
TOMÁS........................	Larra.
CÉSAR........................	Ramírez.
FRANCISCO......	Ruiz de Arana.
LUCAS...................... ..	Manchón.

La acción en Cádiz

Por derecha é izquierda las del actor

ACTO UNICO

Sala de paso de una fonda. Puertas laterales señaladas con números, empezando por la primera derecha con el 1, la segunda derecha el 2, la segunda izquierda el 3 y la primera izquierda el 4. Puerta al foro. Muebles elegantes.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO y LUCAS. Al levantarse el telón aparece Lucas sentado en una mecedora que está á la izquierda, dormido. Tiene un plumero en la mano. Poco después entra Francisco

FRAN. (Muy andaluz.) ¿Dónde estará ese gallego que no acaba de bajar? (Le ve.) ¡Toma! ¡Si se ha dormido! ¡Habrá zángano! (Llamándole.) ¡Lucas! ¡Lucas!

LUCAS (Despertando asustado. Tipo gallego.) ¿Qué hay?

FRAN. Pero hombre, ¿así te estás?

LUCAS Dispénseme. (Le pasa el plumero por la cara.)

FRAN. ¿Qué haces?

LUCAS La limpieza; ¿no me había usted mandado que limpiase los muebles?

FRAN. Pero animal, ¿me has tomado á mí por una mesa de noche?

LUCAS No, no, señor; es que cuando me despierto no se lo que hago.

FRAN. Y cuando te duermes, tampoco.

LUCAS Eso es.

FRAN. De manera que no lo sabes nunca.

LUCAS No, señor.

FRAN. Bueno. ¿Has arreglado las habitaciones?

LUCAS Todas están limpias y dispuestas.

FRAN. Hoy de seguro vendrá mucha gente al hotel. Ha entrado el correo de la Habana.

LUCAS ¿Dónde?

FRAN. En la bahía: ¿ó querías que el vapor hubiese venido al portal de casa?

LUCAS Yo que sé.

FRAN. Basta de conversación. Vete abajo, al gabinetito, á acabar de poner la mesa para don César y sus amigos.

LUCAS ¿También vienen hoy á comer?

FRAN. También; todos los días; son los primeros *juerguistas* de Cádiz... Yo voy á ver cómo has dejado las habitaciones.

LUCAS Divinamente. Y eso que las camas estaban muy mal hechas. Habían puesto las colchas encima.

FRAN. ¡Hombre!

LUCAS Y, claro, como son blancas se hubieran manchado en seguida.

FRAN. ¿Y dónde las has puesto tú?

LUCAS Pues debajo de las mantas para que no se estropeen.

FRAN. ¡Habrá animal! Vete, vete al comedor ó te rompo alguna cosa.

LUCAS ¡Vaya! Cuanto más cavila uno, peor. (Vase por el foro.)

FRAN. Vamos á ver lo que ha hecho ese pedazo de cernícalo.
(Vase primera izquierda.)

ESCENA II

AMELIA y TOMAS por el foro, vestidos de viaje con elegancia

TOM. Pasa, pasa por aquí.

AMEL. Gracias á Dios que hemos llegado. (Se sienta.)

TOM. Sí, gracias á Dios; y mejor sería que no hubiéramos salido de Granada. Pero, ¿qué es esto? ¿No nos ha dicho el amo que encontraríamos criados aquí? ¿Dónde están? ¡Camarero! ¡Camarero! (Dando palmadas.)

FRAN. (Dentro.) Va en seguida.

TOM. ¡Ah! Bueno.
AMEL. Empieza la farsa. Por Dios, tío, no se olvide usted de su papel.
TOM. ¿Cuál? ¡Ah, sí! Pues mira, ya no me acordaba. No; y es que encuentro un poco duro hacerme cómico á mis años.
AMEL. Por unas horas nada más. Cuidadito, ¿eh?

ESCENA III

DICHOS y FRANCISCO primera izquierda

FRAN. Muy bien venidos sean los señores.
TOM. ¡Hola! A ver dónde nos colocamos.
FRAN. Donde los señores gusten: todos estos cuartos están disponibles; pero el mejor es este, (Primera izquierda.) digo, si es que los señores quieren un cuarto para los dos.
TOM. Te diré... (La primera complicación.)
AMEL. No, queremos dos cuartos, uno para cada uno.
TOM. Eso es, sí; queremos dos cuartos.
FRAN. Dispensen los señores; creí que eran un matrimonio.
TOM. Pues no, señor; no lo somos.
AMEL. Pues sí, señor; lo somos.
TOM. ¡Ah! Sí, es verdad; lo somos, lo somos.
FRAN. (Aquí hay lío.) Vamos, se conoce que hace poco tiempo que están ustedes casados.
TOM. Pues no, señor; hace mucho, muchísimo...
AMEL. Hace dos semanas.
FRAN. ¿Y quince días le parecen á usted mucho tiempo?
TOM. ¿Y á tí qué te importa?
FRAN. No, nada... á mí, nada. (Que aquí hay lío. ¡En estas casas tiene uno que pasar por unas cosas!)
TOM. Conque, ¿dónde nos metemos?
FRAN. Aquí y aquí. (Primera y segunda izquierda.) Pero, aguarden ustedes un momento que les voy á dejar las habitaciones como dos tacitas de plata.

TOM. Pues anda, anda...

FRAN. ¡Ah! Entre las dos habitaciones hay puerta de comunicación.

TOM. No hace falta.

FRAN. (¡Cosa más rara!) Bueno; si ustedes quieren la usan y si no quieren no la usan.

AMEL. Vaya, hombre, deje usted de hablar.

FRAN. En seguida, señora... (¡Que aquí hay lío, y gordo!) (Vase primera izquierda.)

ESCENA IV

AMELIA y TOMÁS

AMEL. Tío Tomás, hace usted muy mal el papel de marido.

TOM. Como que no lo he sido nunca; de modo que no estoy ensayado.

AMEL. Pues si no representa usted mejor va á descubrir el embuste mi primo César.

TOM. Entonces dejémonos de fingimientos y presentémonos como lo que somos.

AMEL. De ninguna manera: va en ello mi amor propio.

TOM. No, y que te gustan estas bromas; te han gustado siempre.

AMEL. Si César me abandona, y hace esa vida disipada que dicen, quiero que vea que no me importa nada y que yo fuí la primera que olvidé nuestros amores casándome con otro.

TOM. ¿Y si no son ciertas las noticias que te han dado?

AMEL. No se habrá perdido nada; le presentaré á usted como lo que es, como un tío.

TOM. ¿Como un tío... tuyo?

AMEL. Naturalmente. Pero, ¡ay! temo mucho que no haya exageración en los informes que he recibido; César fué siempre un calavera.

TOM. Pues por eso te gusta á tí tanto.

AMEL. No lo crea usted. Ya sabe usted que en cuanto se murió Rodríguez, mi primer marido...

TOM. Sí; te quedaste viuda.

AMEL. Claro.

TOM. No te quedó otro remedio.

AMEL. No se trata de eso. Ya sabe usted que en seguida se plantó César en Granada.

TOM. Sí, lo he oído decir; entonces estaba yo en Extremadura, y no le ví; por cierto que lo he sentido luego; me hubiera gustado conocerle.

AMEL. Ahora le conocerá usted. Pues César estuvo cariñosísimo conmigo, y en cuanto volvió á Cádiz, me escribió diciéndome que se consideraría feliz siendo mi segundo esposo.

TOM. De eso ya me acuerdo. Y tú le contestaste que la viudez... y el dolor... y que tan pronto... y que esperara siquiera á que pasasen seis meses...

AMEL. Lo que debía contestar.

TOM. Eso es; tu aflicción era como una letra de cambio, á seis meses fecha.

AMEL. No se burle usted: el caso es que insistió, que cedí, y que todo quedó arreglado.

TOM. Pues á casarse.

AMEL. A eso he venido á Cádiz. ¿Es honrado y bueno y me quiere? Pues á señalar el día de la boda. ¿Me olvida por los placeres? Pues á darle un desaire diciéndole que estoy casada con usted. El plan no puede ser más sencillo.

TOM. Ya lo veo. Pero, dime, ¿tiene César el genio vivo?

AMEL. Me parece que sí.

TOM. ¿Y si me da un palo?

AMEL. Pues le da usted dos á él.

TOM. ¡Toma! Si se dejara, ya lo creo que se los daría; pero no se dejará. ¡Qué se ha de dejar!

ESCENA V

DICHOS y FRANCISCO, primera izquierda

FRAN. Ya está todo listo y la puerta de comunicación cerrada con llave.

TOM. ¿Con llave?

FRAN. Sí, señor; pero he dejado la llave puesta.

AMEL. Bueno. Oiga usted: ¿conoce usted á don César Godínez?

FRAN. Ya lo creo; ¡no le he de conocer!... Un hombre muy simpático; la más mala cabeza que hay en Cádiz.

TOM. (¡Adiós!) Pues no veo la simpatía.

FRAN. ¿Que no? Es un hombre que lo mismo le da á usted cinco duros que cinco garrotazos.

TOM. ¿Y da á elegir?

FRAN. No, señor.

TOM. ¡Qué lástima! Porque yo me quedaría siempre con los cinco duros.

AMEL. Y diga usted: ¿se podría avisar á don César para que viniera inmediatamente?

FRAN. ¿A dónde?

AMEL. Aquí, á hablar conmigo... á hablar con nosotros...

FRAN. ¡Ah! ¿Usted quiere hablar con don César?

TOM. Sí... ¿qué hay?

FRAN. (¡Pobre señor!) Pues que no es preciso avisarle ni nada, porque vendrá á comer como casi todos los días.

AMEL. ¡Ah! ¿Come aquí?

FRAN. Sí, señora; es el mejor parroquiano de la casa: viene á un gabinetito reservado, ¿sabe usted? con unos cuantos amigos... y unas cuantas amigas.

AMEL. ¿También amigas?

FRAN. Sí, señora. (Parece que la ha dolido.)

AMEL. (A Tomás.) Decididamente estamos casados.

FRAN. ¿Eh? (Pues ni que acabara yo de echarles las bendiciones.)

TOM. ¡Vaya una noticia, mujer! (¡No seas imprudente!)

AMEL. (Tiene usted razón.)

FRAN. (Que esto no es trigo limpio.)

AMEL. Pues en cuanto llegue César, suplíquele usted que suba á verme... á vernos.

FRAN. (¡Cómo se equivoca!) Está bien. ¡Ah! Me harán el favor de dar sus tarjetas para inscribir sus nombres en el registro del hotel.

AMEL. ¿Tarjetas? Yo no las tengo aquí.

TOM. Ni yo.

AMEL. Es lo mismo; daremos nuestros nombres; yo soy... la señora de Rodríguez.

FRAN. Y el señor, como es natural...

TOM. Yo soy don Tomás Sánchez.

FRAN. ¿Cómo?

AMEL. ¿Qué estás diciendo? Si yo soy la señora de Rodríguez, tú...

TOM. Sí, mujer, es verdad... yo seré Tomás Sánchez de Rodríguez.

AMEL. Pero, hombre...

TOM. No, no, al revés... aunque no, tampoco.

FRAN. ¿En qué quedamos?

TOM. En que yo soy Rodríguez, ¡ea! y Sánchez, ¡ea! y lo que quiero, ¡ea!...

FRAN. Bueno, bueno.

AMEL. Es que tiene usted una cabeza...

FRAN. (¡Y le trata de usted!)

AMEL. Digo, es que tienes una cabeza...

FRAN. De modo que en el registro pongo...

TOM. Lo que usted quiera. Váyase usted con cien mil demonios, y haga lo que le han mandado.

FRAN. Enseguidita. (¡Uy! ¡uy! Rodríguez... Sánchez... Don César... Ella joven... ¡El viejo... pero mucho lío!) (Vase por el foro.)

ESCENA VI

AMELIA y TOMÁS

AMEL. ¿Ve usted cómo es verdad lo que me habían contado?... ¿Ve usted cómo mi primo?...

TOM. Sí, hija; ya lo veo todo.

AMEL. Pues á acabar cuanto antes; le decimos que estamos casados, y á Granada en seguida.

TOM. Mejor sería que no hubiéramos salido de ella.

AMEL. Pero acuérdese usted de su papel.

TOM. No te olvides tú del tuyo y me trates de usted como antes.

AMEL. No, no me volveré á equivocar; pierda usted cuidado.

TOM. Anda; pierda usted cuidado; ya te equivocaste de nuevo.

AMEL. Porque ahora estamos solos. Pero vamos á asearnos un poquito para esperar á César.

TOM. Como gustes.

AMEL. Hasta luego, tío.

TOM. ¿En qué quedamos, tío ó esposo?

AMEL. Por veces. (Entran, Amelia, primera izquierda, y Tomás segunda izquierda.)

ESCENA VII

RAMÓN y FRANCISCO por el foro. Francisco con una maleta en la mano

FRAN. Haga usted el favor de esperar aquí dos minutos nada más.

RAM. Bueno, aunque sean tres. (Vase Francisco primera derecha, llevándose la maleta.) Ya estoy en España, ya estoy en Cádiz... ¡qué emoción! Y esta es la fonda en que me escribió que me esperaría, y ya debe estar... porque precisamente para venir á esperarme, sin mengua de su decoro—así decía ella—«sin mengua de mi decoro:» se empeñó en que nos casáramos por poderes... Preguntaré al camarero... ¡Ay, cómo me palpita el corazón! ¡Dios mío! ¿Qué efecto le haré? ¿La gustaré? Yo creo que sí... (Mirándose á un espejo.) Soy joven todavía, relativamente... Soy elegante, relativamente... No soy feo, relativamente... Soy rico... relativamente... no; soy rico, sin *relatividad*. Y ella, ¿me gustará á mí? Ya lo creo que me gustará. Me gusta en el retrato, y decía ella que no había salido bien... Verdad que á las mujeres siempre

les parece que no salen bien. Nunca se encuentran tan guapas como ellas quisieran ser. Pero nuestra primera entrevista va á ser conmovedora...—¿Eres tú?—Sí, yo...—¿Y tú? —También yo... Los dos somos yo...—¡Eduvigis!—¡Ramón!—¡Qué hermosa!—¡Qué hermoso!...—¡No, ella puede que no me llame hermoso por rubor!—¡Tú!—¡Tú!—¡Aquí nos abrazamos!... ¡Qué felicidad!

ESCENA VIII

RAMÓN y FRANCISCO por la primera derecha

FRAN. Cuando usted guste...

RAM. ¡Cielos!... ¡Señora!

FRAN. ¿Eh?

RAM. ¡Ah! No, no; perdona... (Pues no había creído... ¡Lo que es la emoción!)

FRAN. Ya tiene usted el cuarto dispuesto; aquel, (Primera derecha.) y cuando usted guste puede usted pasar.

RAM. En seguida; pero antes contesta á lo que te voy á preguntar. Toma. (Le da un duro.)

FRAN. Pregúnteme usted lo que quiera.

RAM. (Parece inteligente.) Toma. (Le da otro duro.)

FRAN. Siga usted.

RAM. ¡Cómo! ¿Más duros todavía?

FRAN. No, señor; digo que siga usted hablando... y accionando también, si quiere.

RAM. Oye. ¿Ha llegado en estos dos últimos días alguna señora al hotel?

FRAN. Hoy precisamente ha llegado una.

RAM. ¿Hoy? (Es ella.) Toma. (Le dá otro duro.)

rFAN. (Si sé que va á producir este efecto le digo que han llegado dos.)

RAM. ¿Y habrá dicho su nombre esa señora?

FRAN. Naturalmente.

RAM. Doña Eduvigis Cotocerrado.

FRAN. No, no ha dicho eso.

RAM. ¿Cómo?

FRAN. Ha dicho que es la señora de Rodríguez.

RAM. (¡Mi apellido!) Bueno, es igual.

FRAN. ¿Cómo ha de ser igual, caballero?
RAM. Y dime; dime, ¿es guapa?
FRAN. Es una rosa de Abril.
RAM. Toma. (Le da dinero.)
FRAN. (Este hombre es una mina de plata acuñada.)
RAM. ¿Y qué cuarto ocupa esa señora?
FRAN. Aquel. (Señala primera izquierda.)
RAM. ¡Qué felicidad! ¿Y está ella ahora ahí?
FRAN. Sí, señor; debe estarse componiendo.
RAM. ¿Qué? ¿Está descompuesta?
FRAN. No, señor; quiero decir...
RAM. ¡Ah! Sí; te entiendo, te entiendo... Si yo pudiera verla... (Se dirige al cuarto.)
FRAN. (Deteniéndole.) Caballero, ¿qué va usted á hacer?
RAM. A mirar por el ojo de la cerradura.
FRAN. No faltaba más; en este hotel no se permiten esas cosas.
RAM. Toma... toma, y calla. (Le da dinero.)
FRAN. ¡Ah! No, señor; si me da usted dinero para que le consienta esas libertades...
RAM. ¡Qué! ¿Me lo devuelves?
FRAN. No, señor; lo pierde usted.
RAM. ¡Tonto!... Yo soy Rodríguez.
FRAN. ¿Cómo? ¿Otro Rodríguez?
RAM. No; el mismo, el mismo; el único.
FRAN. ¿Cómo el único, si se encuentra un Rodríguez á la vuelta de cada esquina?
RAM. No es eso; digo que yo soy el Rodríguez de esa señora.
FRAN. ¿Eh?
RAM. Vamos, para que lo entiendas, yo soy el marido.
FRAN. ¿Otro marido?
RAM. No, hombre, el primero; ella era soltera antes de casarse.
FRAN. Sí, antes de casarse todas son solteras.
RAM. O viudas... Y tú creías que era viuda.
FRAN. Efectivamente. (Esto cada vez se enreda más.) Pero, diga usted, ¿y Sánchez?
RAM. ¿Quién es Sánchez?
FRAN. Pues eso es lo que pregunto yo.
RAM. ¿Y á qué viene ahora preguntar por Sánchéz?

FRAN. No, á nada, á nada... (¿Quién me mete á mí en libros de caballería?)

RAM. Esa señora no hace más que dos meses que es mi esposa, la señora de Rodríguez; antes era Cotocerrado.

FRAN. (Y ahora me parece á mí que es coto abierto.)

RAM. Nos hemos casado por poder.

FRAN. Claro, por poder tiene que ser, porque el que no puede no se casa.

RAM. No es eso... Pero, ¿por qué te doy yo á tí tantas explicaciones?

FRAN. Pues porque á usted le da la gana.

RAM. Se acabó... Toma otro duro y no cuentes nada.

FRAN. ¡Cómo! ¿No quiere usted que cuente los duros?

RAM. No, hombre... no cuentes nada de lo que te he dicho. Yo tengo mis planes.

FRAN. Bueno.

RAM. Ahora vete.

FRAN. En seguidita. (¡Vaya un berengenal! ¡Dos maridos y el señorito César en puerta!) (Vase por el foro.)

ESCENA IX

RAMÓN, luego AMELIA

RAM. Ya estoy solo. Ahora á conocerla sin que ella me conozca á mí. La diré que soy un amigo mío, vamos, un amigo de Rodríguez, y que él llegará en seguida. Así podré vigilarla sin que ella sospeche que yo soy yo, digo, que yo soy él... no, yo; eso es, yo, Rodríguez. Manos á la obra. (Llama en la puerta primera izquierda.) ¡Cómo me palpita el corazón!

AMEL. (Saliendo primera izquierda.) ¿Quién es?... ¡Caballero!

RAM. ¡Señora!... (¡Guapísima, guapísima!)

AMEL. ¿Ha sido usted el que ha llamado á la puerta?

RAM. Sí, señora; yo me he tomado esa libertad. (¡Pues es más guapa que en el retrato, ya lo creo!) (Saca el retrato y lo mira.)

AMEL. (¿Qué hace este señor?)

RAM. (¡Pero muchísimo más guapa! Con razón decía que no había salido bien.)

AMEL. (¿Si estará loco?)

RAM. (Sin embargo, se ve que es la misma.)

AMEL. Pues, usted dirá.

RAM. Al momento. Me han dicho que es usted la señora de Rodríguez.

AMEL. Efectivamente.

RAM. Pues yo soy íntimo amigo de su marido de usted.

AMEL. ¿De mi marido?

RAM. Sí, señora; de Rodríguez.

AMEL. ¿De Rodríguez? (¿A quién se referirá?)

RAM. Señora, ha hecho usted una gran elección. Rodríguez es un cumplido caballero.

AMEL. (¡Qué gracioso!) ¿Y á quién se lo cuenta usted?

RAM. A su esposa.

AMEL. Pues ya ve usted si lo sabrá ella.

RAM. No, señora, ella no lo sabe; estoy en el secreto. Usted no conoce á Rodríguez todavía.

AMEL. ¿Cómo que no? (¿Si se burlará de mí?)

RAM. Yo he sido en Cuba el compañero inseparable de Rodríguez.

AMEL. ¡Ah, en Cuba! (Habla de mi primer marido.) Efectivamente, estuvo allí muchos años.

RAM. Hasta que hizo una fortuna.

AMEL. Justamente. Por cierto que el pobre la pudo disfrutar bien poco.

RAM. ¿Pues?

AMEL. Porque en cuanto nos casamos se murió.

RAM. (¡Zapateta!) Señora, está usted en un error. Rodríguez no ha muerto.

AMEL. Sí, señor, sí; murió, desgraciadamente.

RAM. La digo á usted que no. (¿Si me habrá conocido y querrá darme un bromazo?)

AMEL. ¡Pero, hombre, si lo sabré yo!

RAM. Lo sé yo mucho mejor, como es natural.

AMEL. ¿Eh?

RAM. Señora, míreme usted á la cara.

AMEL. ¿Para qué?

RAM. Para que usted se convenza.

AMEL. ¿De qué?

RAM. De que vive Rodríguez.

AMEL. (Este hombre está loco.)

RAM. Saque usted el retrato y compare usted.

AMEL. ¿Qué retrato?

RAM. El mío... digo, no; el de Rodríguez, el de su esposo... Pero tampoco hace falta. Vea usted esta sortija. (Mostrándola una que lleva en el dedo.) ¿Qué tal?

AMEL. Muy bonita.

RAM. Es que usted tiene muy buen gusto. No hay más que ver la sortija y que verme á mí...

AMEL. (Pero, ¿qué dice este hombre?)

RAM. (Ya me ha conocido.) Ahora hablemos francamente. ¿Cómo me encuentra usted?

AMEL. ¿Yo?

RAM. La verdad; ¿cómo me encuentra usted?

AMEL. ¡Dale! Pues, así, á la vista, parece que está usted bueno.

RAM. Y lo estoy; en lo que toca á ese punto puede usted estar satisfecha.

AMEL. ¿Yo?

RAM. Claro. ¿La gustaría á usted que yo fuera un hombre enclenque?

AMEL. A mí lo mismo me da.

RAM. ¿Y si salieran mis hijos enfermizos?

AMEL. Pues allá usted.

RAM. ¡Tate! ¿A que salimos ahora con que no me ha conocido usted?

AMEL. Claro que no. ¿Cómo he de conocerle si no le he visto á usted en mi vida?

RAM. Tampoco yo la he visto á usted.

AMEL. Bueno, y tampoco me conocerá.

RAM. Sí, señora; mi corazón ha hablado y me ha dicho: «esa es.» ¿Su corazón de usted no ha hablado?

AMEL. No, señor.

RAM. ¡Ah! No tiene usted corazón.

AMEL. Sí, señor; le tengo, pero no habla; es mudo.

RAM. Entonces es preciso que le diga á usted quién soy yo.

AMEL. No, no se moleste usted; si á mí no me importa nada.

RAM. La importa á usted muchísimo.

ESCENA X

DICHOS y FRANCISCO foro derecha

FRAN. Con permiso.

AMEL. ¿Qué hay?

FRAN. Que ha llegado el señorito César y que le he dicho que le esperaba una señora...

AMEL. ¿Y qué?

FRAN. Que ha abierto un ojo así, y que sube ahora mismo.

AMEL. Está bien.

RAM. (¡Caracoles! ¿Quién será el señorito César?)

FRAN. Aquí está ya. (A César, que llega por el foro.) Esa es la señora. (¡Buena se va á armar!) (Vase por el foro.)

ESCENA XI

AMELIA, RAMÓN y CÉSAR

CÉSAR ¡Cómo! ¿Eres tú?

AMEL. Ya lo ves.

RAM. (¡Y se tutean!)

CÉSAR Ven á mis brazos.

RAM. No haga usted caso, señora; no vaya usted.

AMEL. ¿Por qué no? Con mil amores. (Va hacia César y se abrazan.)

CÉSAR (¿Quién será este tipo?)

RAM. (¡Y se abrazan! ¡Y en mis narices!)

CÉSAR ¿Cómo había de figurarme yo que eras tú la que?...

RAM. Con permiso. (Separándolos.) Me parece que el abrazo va siendo demasiado largo.

CÉSAR Pero, hombre, ¿á usted qué le importa?

AMEL. No vaya usted á pensar mal; es mi primo.

RAM. ¡Ah! (¡Cielos, tiene un primo á quien abraza!)

CÉSAR Eso es; soy su primo... y algo más...

RAM. (¡Virgen Santísima!)

AMEL. No, eso no; no eres más que primo.

RAM. (Ella quiere disimular.)

CÉSAR Pero aspiro como sabes...

AMEL. Inútilmente.

CÉSAR ¿Qué dices? (La toma una mano.)

RAM. Hombre, haga usted el favor de tener las manos quietas.

CÉSAR Déjeme usted en paz.

RAM. ¿Y la moral, caballero?

CÉSAR ¿Qué moral?

RAM. Pues la moral, la única que hay. Esta señora es una mujer casada.

CÉSAR No sea usted majadero: esta señora es viuda.

RAM. (¿También éste?) No, señor, no es viuda porque no se le ha muerto su marido, gracias á Dios.

CÉSAR ¿Pero, oyes lo que dice?

AMEL. Perfectamente. Y dice bien: estoy casada.

CÉSAR ¿Tú? Pero, ¿con quién?

AMEL. Pues... con Rodríguez.

RAM. Eso es; con Rodríguez. (Lo declaró.)

CÉSAR ¿Con otro Rodríguez?

RAM. ¡Dale! No, señor, con el mismo.

CÉSAR Cállese usted, hombre: ¿quién le ha dado á usted vela en este entierro?

RAM. Ya le he dicho á usted que no ha habido entierro.

CÉSAR ¿Y quién es ese Rodríguez? ¿Dónde está?

RAM. (Ha llegado la ocasión de presentarme.) Yo se lo diré á usted. (Va á colocarse entre los dos.)

CÉSAR Sí, haga usted el favor de decírmelo para matarle inmediatamente.

RAM. (Retrocediendo y volviendo donde estaba, que es á la izquierda de Amelia.) (¡Caracoles! Pues no se lo digo.)

CÉSAR ¡Ah! ¡Que sospecha! ¿Es usted?

AMEL. No, hombre, no; ¿qué ha de ser?

RAM. ¡Quiá! ¿Qué he de ser yo? (Aparte á Amelia.) Gracias, señora.

CÉSAR ¿Será un pelagatos cualquiera?

AMEL. Al contrario; es una persona distinguidísima.

RAM. (Gracias, Eduvigis.)

AMEL. (¿Qué dice este hombre?)

CÉSAR Pero, ¿y tus juramentos? ¿y tus promesas? ¿No me dijiste que correspondías á mi amor?

RAM. (¡Demonio!) ¿Esta señora le ha dicho á usted eso? ¿Cuándo?

CÉSAR ¿A usted qué le importa? Pero, dime, ¿quién es este hombre?

AMEL. No sé; si no le conozco,

RAM. No me conoce, ya lo oye usted. (Gracias, señora.)

CÉSAR Pues, entonces, ¿por qué se mezcla en nuestros asuntos?

RAM. Le diré á usted.

CÉSAR Ni una palabra. Haga usted el favor de retirarse.

RAM. Poco á poco: este es un hotel y...

CÉSAR O le tiro á usted por el balcón.

RAM. ¡Ah! En ese caso...

CÉSAR Yo soy primo de esta señora.

RAM. (Yo creo que el primo soy yo.) Bien, bien; hasta luego. (No se pierde nada. Me quedaré observando por el ojo de la cerradura. Lo importante es ver.) (Entra en la primera derecha cerrando la puerta.)

ESCENA XII

AMELIA y CÉSAR

CÉSAR Pero explícame qué es esto.

AMEL. Pues nada, que tuve noticias de la vida que haces, que comprendí que me habías olvidado, que te pagué en la misma moneda y me casé con un hombre de buenas costumbres.

CÉSAR ¡Imposible! Si hace quince días que me escribiste.

AMEL. No hace más que ocho que me casé.

CÉSAR Pero, ¿cómo fué eso?

AMEL. ¿Cómo había de ser? Nos leyeron la epístola de San Pablo, y asunto concluído.

CÉSAR Tú me engañas; esa es una broma que quieres darme.

AMEL. No lo creas.

CÉSAR La prueba es que no me presentas á tu marido.

AMEL. ¿Que no? Ahora lo verás... (Dirigiéndose á la segunda izquierda.) ¡Tomás! ¡Tomás!

CÉSAR ¡Pero si me parece estar soñando!

ESCENA XIII

DICHOS y TOMÁS

TOM. ¿Me llamabas, Amelia?

AMEL. Sí, te quiero presentar á mi primo César. (Presentándole.)

CÉSAR Servidor de usted. (¡Y es un viejo!)

AMEL. Mi marido. (Idem.)

TOM. Tengo tanto gusto... (Aquí empieza Cristo á padecer.)

AMEL. Pues ha dado la casualidad de que César ha venido hoy á comer á esta fonda con unos amigos...

CÉSAR Eso es; con unos amigos.

AMEL. Y con unas amigas.

CÉSAR No, no, perdona; sólo con amigos.

AMEL. Y con amigas... no lo niegues: nos lo ha dicho el camarero.

CÉSAR (¡Ese charlatán!) Pues aunque te lo haya dicho, no es exacto.

TOM. Y aunque usted haya venido con amigos, ¿qué? Ya sabemos lo que es la juventud.

CÉSAR (Con mal modo.) Sí, señor; y también sabemos lo que es la vejez.

AMEL. Supongo que no dirás eso para ofender á mi ti... á mi esposo.

CÉSAR El lo puede tomar como guste.

TOM. ¡Ah! Pues yo gusto de tomarlo bien.

CÉSAR Allá usted... ¡Pero dejémonos de tiquis-miquis y hablemos con claridad! (Incomodado.)
AMEL. ¡Por Dios, César, no me comprometas!
CÉSAR Antes me has burlado tú. ¿Usted sabe con quién se ha casado?
TOM. ¡Pues no lo he de saber! Con esta señora.
CÉSAR Pero esta señora era mi prometida.
TOM. ¡Hombre! ¿Y por qué no me lo dijo usted antes?
CÉSAR Y le advierto á usted que la amo todavía.
AMEL. ¡César, por Dios!...
CÉSAR Ahora, usted sabe lo que tiene que hacer.
TOM. Pues nada, darle á usted el pésame.
CÉSAR Y yo no lo recibo.
TOM. Pues vuelvo á recogerlo y en paz.
CÉSAR ¿En paz? ¡Quiá!... Hemos de vernos las caras.
TOM. Me parece que ya nos las estamos viendo. (Me rompe algo, me rompe algo.)
CÉSAR ¡Caballero!...
AMEL. César, por favor...

ESCENA XIV

DICHOS y FRANCISCO, foro derecha

FRAN. ¿Dan ustedes permiso?
TOM. Adelante... (¡Dios te bendiga por la oportunidad!)
CÉSAR ¿Qué hay?
FRAN. Pues dice Trinidad...
CÉSAR Calla, majadero...
AMEL. Déjale que hable.
CÉSAR ¿Es para mí el recado?
FRAN. Sí, señor.
CÉSAR Pues dámele á mí solo. (Me ha dividido este zamacuco.) Con permiso de ustedes.
AMEL. (Con ironía.) Usted le tiene.
FRAN. (Aparte á César.) (Pues dice Trinidad que si usted no baja, sube ella á buscarle.)
CÉSAR (¡Virgen Santísima! Dila que voy ahora mis-

mo...) (Vase Francisco por el foro.) Dispensen ustedes, tengo que salir un momento.

AMEL. Sí; le esperan á usted los amigos, y entre ellos Trinidad.

CÉSAR Cierto; pero usted no sabe quién es Trinidad.

AMEL. Ni me hace falta.

CÉSAR Trinidad... es... es... un capitán de carabineros... Porque Trinidad es común de dos.

AMEL. No; y esa será de tres, ó de cuatro, ó de veinte.

CÉSAR Es igual... (A Tomás.) Pero sepa usted que volveré en seguida.

TOM. No; si usted no quiere molestarse en volver, no vuelva.

CÈSAR Volveré en seguida. (Vase por el foro.)

ESCENA XV

AMELIA y TOMÁS

AMEL. ¿Lo vé usted, tío? ¡Me deja por esa gentuza que le acompaña!

TOM. Pero dice que volverá en seguida; por cierto que lo ha dicho con un tono muy amenazador.

AMEL. ¡Qué desengaño! Ahora conozco cuánto le amaba.

TOM. Pues entonces, lo mejor es que le confesemos la verdad.

AMEL. Hoy menos que nunca.

TOM. Pues volvámonos á Granada inmediatamente; porque, no me cabe duda: ese hombre tiene malas ideas respecto á mí.

AMEL. Esperemos á mañana siquiera.

TOM. Es que mañana acaso me habrá roto ya algo y no me podré marchar.

AMEL. ¡Qué cobarde es usted!

TOM. Prudente, hija; nada más que prudente. Mira; lo que has venido á ver á Cádiz, ya lo has visto; conque nada nos queda que hacer aquí.

AMEL. Aguarde usted unas cuantas horas. Todavía me falta algo; quiero ver lo que hace César.

TOM. No; mejor es que no lo veas; porque de seguro hará una barbaridad conmigo... Amelia, hija mía, compláceme ahora, como yo te complací antes. (Abrazándola.) Vámonos en el primer tren que salga...

ESCENA XVI

DICHOS y RAMÓN por la primera derecha

RAM. (No aguanto más. ¡Otro que la abraza!) Señores, que estoy yo aquí.

TOM. ¿Eh?

AMEL. ¡Ah! El caballero de antes.

TOM. (Aparte á Amelia.) (¿Quién es?)

AMEL. (No sé; uno que debe estar loco.)

RAM. (Pero Señor, ¿qué mujer es la mía que se deja abrazar por todo el mundo?) Muy bien, señora; me parece muy bien.

AMEL. Pues lo celebro muchísimo.

RAM. Este caballero será otro primo...

AMEL. ¿A usted qué le importa?

RAM. Me parece que tiene usted demasiados primos, y de todas las edades.

AMEL. ¿Y qué?

RAM. Pues que si yo lo hubiera sabido primero... Porque yo sufro.

AMEL. Pues que usted se alivie... (Marchándose hacia la primera izquierda.)

RAM. No, no se marche usted: tenemos que hablar seriamente.

AMEL. Déjeme usted en paz. (Vase.)

ESCENA XVII

RAMÓN y TOMÁS

TOM. (Pues sí que debe estar loco este hombre.) (Dirigiéndose á la segunda izquierda.)

RAM. (Deteniéndole.) Una palabra, caballero: le he sorprendido á usted abrazando á esa señora... No me lo niegue usted.

TOM. Corriente; no lo niego.

RAM. ¡No lo niega! ¡Qué desvergonzado!

TOM. Pero, ¿no ha mandado usted que no lo niegue?

RAM. Si fuera usted decente lo negaría.

TOM. Bueno, pues lo niego.

RAM. No lo niegue usted, porque lo he visto yo.

TOM. Pero hombre, ¿en qué quedamos?

RAM. En eso... ¿Y quién es usted para abrazar á esa señora?

TOM. Pues soy su marido.

RAM. Basta de farsas. Yo soy Rodríguez.

TOM. Sea por muchos años.

RAM. Lo seré hasta que me muera.

TOM. Naturalmente... ¿Y qué?

RAM. Soy Rodríguez... y soy Ramón... y vengo de Cuba, y acabo de llegar... ¿qué dice usted?

TOM. Pues nada; que celebro que haya llegado usted sin novedad.

RAM. ¿Se hace usted el tonto? Pues hablaré claro.

TOM. Buena falta hace.

RAM. Yo soy el único, el verdadero marido de esa señora.

TOM. ¿Usted?

RAM. ¡Yo! (Tomás se ríe.) ¿Qué es eso? Me parece que la cosa no es para reir.

TOM. Pues no ha de ser, si le acabo de decir á usted que el marido de esa señora soy yo.

RAM. Pero como eso no es verdad...

TOM. ¡Pero hombre!...

ESCENA XVIII

DICHOS y CÉSAR por el foro

CÉSAR Ya estoy de vuelta.
RAM. (El primo otra vez.)
CÉSAR No creo que le he hecho á usted esperar mucho.
TOM. No; y aunque me hubiera usted hecho esperar mucho más, no importaba.
CÉSAR Celebro que mi prima no esté presente.
TOM. (Este hombre trae malas intenciones.) Voy á llamarla.
CÉSAR (Deteniéndole.) De ningún modo. Este asunto le arreglaremos su marido y yo solos.
TOM. ¿Su marido? (¡Ah, qué idea!) Pues el marido de su prima de usted, es el señor.
CÉSAR ¿Cómo?
RAM. (¡Zapateta! Ahora me echa el muerto á mí.) No; el marido es él, es él.
TOM. No, señor; es él.
CÉSAR ¿Qué farsa es esta?
TOM. ¿No acaba usted de decir ahora que es el esposo de esa señora?
RAM. ¿Y no acaba usted de decir que lo es usted?
CÉSAR ¡Basta de embustes! Ella me ha dicho que su marido es usted, y usted es el que va á batirse conmigo.
RAM. Eso es; usted es el que tiene que batirse. (¡Qué gusto! Mato dos pájaros de un tiro; es decir, se matarán ellos.)
TOM. (Aquí la entrego entre estos dos locos.) Voy á despedirme de...
CÉSAR ¡Quieto! Ahora á la calle conmigo.
RAM. Eso; ahora á la calle con él. (Y en seguida yo con Eduvigis.)
TOM. Pues ea, se acabó. Su prima de usted le ha engañado.
CÉSAR (Lo que me figuré.)
RAM. ¡Ah! Ya confiesa...
TOM. Sí, señor... Yo no soy su marido.

RAM. Claro. (¿Cómo había de estar casada con dos hombres á un tiempo?)
CÉSAR ¡Vaya un enredo!
RAM. (Aparte á Tomás.) Pero oiga usted: ¿por qué la abrazaba usted, si no es su marido?
TOM. (Porque lo era interinamente.)
RAM. (¡Caracoles! ¡Pues esto es peor!)
CÉSAR ¿Qué hablan ustedes aparte?
TOM. Nada, nada.
RAM. (¡Y para esto he venido yo de Cuba!..)
CÉSAR ¿De modo que mi prima está viuda?
TOM. Sí, señor.
RAM. No, señor... Está casada...
CÉSAR ¿Con quién?
RAM. Conmigo.
TOM. ¡Vamos, hombre, quítese usted de delante!
RAM. ¡Ah! ¿No me creen ustedes? Vamos á llamarla á ella; ella lo dirá.
TOM. En seguida... ¡Amelia! ¡Amelia! (Dirigiéndose á la primera izquierda.)
RAM. ¡Cómo! ¿Por qué dice usted Amelia?
TOM. Porque se llama así.
RAM. ¡Cielos! ¡Ha cambiado también de nombre!
CÉSAR (Loco perdido.)
TOM. ¿Eh?
RAM. ¡Si se llama Eduvigis!

ESCENA XIX

DICHOS y AMELIA, primera izquierda

AMEL. ¿Me llamaban ustedes?
TOM. Sí, hija mía, sí... Verás...
RAM. No; ahora me toca hablar á mí.
AMEL. ¿Otra vez usted?
RAM. Sí, otra vez... Basta de incógnito... Eduvigis, yo soy Ramón.
AMEL. ¡Ah! ¿Conque usted es Ramón?
RAM. Sí; Ramón, Ramón Rodríguez.
AMEL. Pues lo celebro... pero yo no soy Eduvigis.
RAM. ¿Que no? ¡Cielos! Pues, ¿quién es usted?

AMEL. Amelia Valle.

RAM. ¡Dios mío! Y yo que la había tomado por... Pero, ¿dónde está mi mujer?

AMEL. No lo sé, ni me importa tampoco.

ESCENA XX

DICHOS y FRANCISCO, por el foro derecha

FRAN. Don Ramón, don Ramón, abajo le espera á usted su señora, que acaba de llegar.

RAM. Voy, voy en seguida... Dispénseme usted... dispénsenme ustedes...

AMEL. Sí, sí; pero váyase usted cuanto antes.

RAM. Ya lo creo... ¡Ay, qué peso se me ha quitado de encima!... ¡Eduvigis... Eduvigis!... (Vase corriendo por el foro.)

TOM. ¿Tú has visto á esa señora?

FRAN. ¡Vaya! Me ha dado ella misma el recado.

TOM. ¿Y qué tal? ¿Es bonita?

FRAN. Más fea que un demonio.

CÉSAR Entonces no es raro que al hombre le agradase el cambio.

FRAN. (Ya están los tres en la mejor armonía. ¡S este don César es lo más tunante!...)

CÉSAR ¿Y en qué quedamos nosotros? ¿Estás casada, ó no?

AMEL. Sí, sí lo estoy.

TOM. No lo está, no señor; yo soy Tomás, su tío Tomás, el hermano de su madre. ¿Quiere usted que le enseñe la cédula de vecindad?

CÉSAR No, señor; no hace falta. Amelia, dime que todavía puedo esperar que me perdones.

AMEL. Si te enmendaras...

CÉSAR ¿Qué he de hacer, si me va en ello tu amor?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y RAMÓN, que sale corriendo por el foro

RAM. ¡Socorro! ¡Socorro!

AMEL. ¿Qué es eso?

CÉSAR ¿Qué le pasa á usted?

RAM. Escóndanme ustedes; fuí á buscar á mi mujer, y me he encontrado con que no es tal mujer, sino un moro del Riff... ¡Escóndanme ustedes!...

AMEL. Entre usted ahí. (Primera izquierda.)

RAM. (Al público.)
Si viene Eduvigis, nada,
disimulo ó soy perdido,
ó si acaso una palmada,
¡á ver si la asusta el ruido!

TELÓN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no seran servidos.